



**Curar la garganta a sus hijos
ya no es una tragedia**

TOKISAN

elimina la molestia de los "toques"

- TOKISAN se esparce más ampliamente, pues llega a la garganta en forma de atomización.
- TOKISAN destruye instantáneamente los focos infecciosos, disminuyendo la fiebre y la tos, quitando el dolor y produciendo un bienestar general al momento de aplicarse.

Esa verdadera tragedia que son los "toques" para los niños... y para los padres...

se elimina con

con solo oprimir el frasco.

Para los niños es un agradable juego cada aplicación

TENGALO EN SU BOTIQUIN

Prevéngase contra cualquier afección de la garganta en sus hijos... en su esposo... en usted. Tenga en su botiquín un frasco de TOKISAN



los egoísmos y las ambiciones de los medradores, que no se detienen ante nada, y de las tentaciones de las delicias de Capua, que impidieron que Aníbal consumase su victoria sobre Roma ¡No hay que dar oportunidad para el suicidio material o moral, ambos igualmente fatales! El doctor Castro corre mayores peligros ahora, en esta Capital frívola, expeditiva y sin escrúpulos, que tanto tiene que ofrecer, como si fuese una mujer hermosa, simpática y acostumbra a la molición, que cuando el desembarco del "Gramma", o en el ataque al "Moncada", o en el combate de Pino Alto. Su mayor mérito estaría en que en él nuestra historia política se redimiese de la maldición del suicidio porque, conviene repetirlo, lo verdaderamente trascendental en la obra del libertador NO ES MORIR POR LA PATRIA, SINO VIVIR PARA LA PATRIA, y esto último es lo más difícil.

¡COMO ME BURLE...

(Continuación)

ron del vehículo y prácticamente me lanzaron al suelo. Varios de los individuos que me conducían rastillaron sus armas y uno de ellos me dijo que, si no revelaba dónde estaban los jefes de la insurrección, me mataría como a un perro.

No respondí. No obstante mi estado desastroso, nada ni nadie tenía medios suficientes, para hacerme hablar. Creía, sinceramente, que mi destino estaba cumplido y morir en aquel momento me parecía la cosa más natural.

Se reanudó el interrogatorio especial.

Y, también, volvió a funcionar el vergajo sobre mí.

Ahora los azotes se produjeron con más violencia, con más sadismo.

Francamente, llegó un instante en que ya no podía más. Entonces, observé que a unos cuantos metros cruzaba un automóvil y grité con todas mis fuerzas. Pedí auxilio. Lo pedí con la voz que aún me quedaba.

Pero la máquina continuó su camino y el eco de mi clamor se perdió en la noche desolada.

Una vez que el automóvil se alejó, los torturadores continuaron su obra.

Ahora el vergajo no descendía sobre mi cabeza, ni sobre mi pecho, ni sobre mi espalda.

Lo increíble

Como ya no hallaban en qué extremo de mi cuerpo alojar más azotes, buscaron la parte más sensible del hombre...

Desfallecido, sin conocimiento, me recogieron y me trasladaron de nuevo al Buro.

Ya en el fatídico lugar, comprendí que me seguían torturando como si les animara el diabólico propósito de emascularme.

Uno de aquellos hombres saltó y cayó en peso sobre mí pie derecho. Desde aquel momento comencé a orinar sangre y, desde luego, no podía andar.

A partir de entonces estuve durante dos días en una celda, incomunicado.

Sin poder dormir, porque tenía los nervios destrozados, pasados esos dos días comenzaron a darme puñetazos en el vientre. Pero esto era sólo el comienzo de otra serie de torturas.

Las manos y las uñas

Seguidamente, el sargento Bencomo, ayudado por un cabo cuyo nombre no recuerdo, tomó un palillo de dientes y lentamente lo hundió varias docenas de veces dentro de mis uñas. Luego agarró mis manos y con un tabaco encendido comenzó a quemármelas. No conformes con eso, me ató las manos, las colocó sobre una mesa y, con el vergajo, las golpeó salvajemente.

A mis torturadores no les importaba que en la celda estuviese otro detenido, el doctor Pedrosa, quien me alcanzaba algún alimento, pues no podía valerme.

Los interrogatorios, los golpes y las torturas se sucedieron a través de tres días. A veces cesaban por el día, pero se recrudecían en la noche.

Había transcurrido una semana cuando decidieron llevarme al vivac.

El Castillo del Príncipe abrió sus puertas para recibirme y yo creí que entraba en la gloria. No podía caminar, pues mi pie derecho estaba mutilado. El sol que caía en mis espaldas me hacía sufrir horriblemente.

En la antigua fortaleza estaría diez meses preso, provisionalmente.

Todas las semanas me llevaban a la Audiencia, pero invariablemente suspendían el juicio.

Cuando menos lo pensaba, me pusieron en libertad.

Saber que podía respirar el aire libre, ¿no era como un regalo de la naturaleza?

Una mañana clara abandoné el Castillo. Sabía lo que tenía que hacer. El hecho de que estuviera en la calle no quería decir que los problemas por que luchada estuvieran resueltos.

Mi vida estaba en manos de la revolución.

Detención de "el Curita"

No habían pasado cuarenta días cuando me detuvieron nuevamente. Fue en la calle K, entre 21 y 23, en la casa donde radicaba la comandancia del sabotaje en La Habana.

Me detuvieron en unión de Sergio González, "el Curita", Nalliv

Aldala, Rogelio Montenegro Guasch y Antonio Díaz. Fui llevado también al Buró, pero no interrogado ni torturado, sencillamente porque no me reconocieron.

Desde luego, me hice pasar por un empleado de CMQ. Dije que a la vez era tapicero y que trabajaba en distintos lugares. Yo aparecía fichado en el Buró con mi nombre verdadero. En esta ocasión dije que me llamaba Julio Abreu Abreu. Como en la primera oportunidad llevaba bigote y patillas y ahora estaba sin ellas y sobre mis ojos descansaban unos espejuelos oscuros, a los investigadores les fue muy difícil identificarme.

Nunca creía que pudiera burlarme de aquellos hombres. Pero lo cierto es que sí, que Julio Dámaso Vázquez era el mismo Julio Abreu Abreu.

Incomunicado, no supe más de mis compañeros.

Ventura, Carratalá y Laurent

Sobre las siete de la noche llegaron los coroneles Esteban Ventura y Conrado Carratalá, en unión de los tenientes Calzadilla y Laurent, los cuales comenzaron a torturar a "el Curita", al que le extirparon sus partes.

Supe que valientemente se negó a ofrecer contactos revolucionarios, no obstante el sacrificio a que estaba siendo sometido. Además, de castrarlo, le pincharon y quemaron el pecho.

Hay que repetir que esto fue realizado personalmente por Ventura, Carratalá, Calzadilla y Laurent.

El destino de "el Curita"

Cerca de las diez de la noche, "el Curita" fue sacado del Buró, acompañado de Bernardino García y otro de apellido Borrell.

A los dos días, cuando me pasaron otra vez al Castillo del Príncipe, me llegó la noticia de que "el Curita" y sus compañeros habían aparecido acerbillados a balazos en el Reparto "Fontanar".

La policía quiso justificar el crimen alegando que las víctimas habían asaltado una perseguidora y que en el encuentro habían caído los tres y resultado herido un vigilante, del cual no se obtuvo fotografía alguna.

Mas tarde

Mi prisión duró ocho meses, al cabo de los cuales fui puesto otra vez en libertad. Pero no había bajado todavía la loma cuando fui arrestado de nuevo. Seguidamente fui llevado al Buró e incomunicado. Cuando mis familiares y amigos preguntaban por mí, los de Investigaciones respondían: "No se encuentra aquí".

En algún momento se me acercó el comandante Medina y me dijo que mi problema se podía solucionar de dos formas: yéndome para España o quedándome en Cuba bajo tierra. Me dió un plazo para que buscara el dinero y arreglara los papeles. La doctora Dora Rivas se interesó por mí y realizó algunas gestiones. Pero, como tenía el nombre cambiado, nada pudo hacer.

Es curioso: a Julio Abreu Abreu lo tenían allí, al alcance de la mano. En cambio, a Julio Dámaso Vázquez —los dos éramos yo mismo— lo buscaban en la calle para liquidarlo. Allí mismo estaba mi retrato —el de Julio Dámaso Vázquez— y debajo había una nota que decía: "Dispárese contra él dondequiera que se encuentre".

Así hasta el día primero en que fui puesto en libertad.

La revolución había triunfado.